

ANTES MOROS QUE GALLEGOS

Acaso habreis oido, hijos mios, cierta copla, inventada por gente maleante y de no buena crianza, la cual viene á decir lo siguiente:

Antes moros que judíos,
 ántes judíos que frailes,
 ántes frailes que gallegos,
 porque á gallegos no hay ántes.

Yo os aseguro que si teneis paciencia para deteneros brevísimo espacio en los renglones que siguen, no habeis de repetir vosotros la consabida copla. Con todo esto, aunque no sea sino en broma, advertid que podeis ofender á vuestros padres ó abuelos con hablar mal de Galicia, de donde han salido buena parte de los pobladores que al presente señorean lo mejor de España. Leed, pues, y decidme si es mejor ser moro que gallego.

I.

Vencidos los cristianos por Abderrahman III en la batalla de Valdejun-

quera, quedaron presos muchos de sus jefes, y entre ellos Dulcidio, obispo de Salamanca, y Hermogio, de Tuy. Pusieron ambos, para quedar en libertad, rehenes, y por el segundo lo fué su sobrino Pelayo, hermoso niño, á la sazón, de diez años, el cual permaneció largo tiempo aprisionado, pues, sin duda, su tio no pudo pagar rescate, como lo hizo Dulcidio. Otros niños habia tambien cautivos con el inocente sobrino de Hermogio, y todos penaban por verse libres y tornar á tierra de cristianos, donde estaban sus madres y sus padres.

Era Abderrahman III hijo de Mohamet el *Asesinado* y nieto de Abdallah, y heredaba de su madre María, hija de padres cristianos, una noble hermosura varonil, harto diferente de la que corresponde á los hijos de sangre árabe. Cuando el jóven subió al trono, á los veintidos años, llamáronle sus vasallos encanto y delicias de Cór-

doba, el más hermoso musulman, el de color sonrosado y ojos azules, amable, gentil, erudito, sabio y prudente Abderrahman. Añade Almakari que el Señor le habia dado la blanca mano de Moises, que hace saltar agua de las peñas, separa las aguas del mar y domina los elementos.

Llamóse califa, que hasta entónces no habia habido en Córdoba sino emires. Tambien los pueblos le apellidaron *Iman*, *Al-Nassir Ledin Allah* (el que ampara la ley de Dios) y *Emir Almumenin* (príncipe de los fieles) de donde hicieron los cristianos, por corrupcion, *Miramamolín*, palabra tan conocida en nuestra historia. Su reinado fué el más glorioso que recuerda el musulman en la Península ibérica.

Grande era el poderío del califa Abderrahman. Era enemigo de la nobleza, y la habia casi aniquilado, pues como decia al embajador de Oton I de Alemania; tenia á este último por rey prudente y hábil, mas no le agradaba en su política el que dejase parte del poder en manos de sus vasallos, en vez de conservarle entero, porque la condescendencia con los grandes no hace sino aumentar su orgullo y su afición á las revueltas.

Léjos de esto, el califa desdeñó del todo á los grandes de su tierra. Gobernaba por sí, y desde el año de 932 no tuvo *hajib* ó primer ministro. En cambio, prefirió sacar á sus inmediatos servidores de la nada, rodeándose de extranjeros y libertos ó antiguos esclavos. En especial, los slavos, gente que rodeaba al monarca y eran todos de origen extranjero, sobre todo, gallegos, leoneses, franceses, alemanes é italianos, y aún costeños del Norte del mar

Negro, le inspiraban más confianza que nadie.

En honor de Zahra, cuyo nombre vale *Flor*, hermosa entre las hermosas de su harem, habia labrado una ciudad que llamó Medina Zahra, y ántes merecia llamarse un palacio entero con sus dependencias; en cuya fábrica se emplearon 10.000 hombres, 1.500 mulas y 400 camellos. Dicen tenia el suntuoso edificio, que seguramente estaria compuesto de muchos y diversos cuerpos separados, á la usanza arábiga, 15.000 puertas y 4.300 columnas de preciosos mármoles.

Tenia allí el califa para que le sirviesen 13.750 esclavos y 6.340 mujeres. Suelo y paredes eran de mármol; de oro y azul pintados los techos; de cedro las vigas del rico artesonado. Veíanse por las habitaciones fuentes de frescas aguas; y en el salon llamado del califa habia una de jaspe con maravilloso cisne de oro, hecha en Bizancio, sobre el que colgaba soberbia perla regalada por el emperador griego Leon VI á Abderrahman. Maravilloso por sus fuentes y jardines era el Generalife, ó casa de recreo, inmediato al alcázar. Mas ¡tales son la suerte y condicion de las obras de los hombres! ¡De todo esto, así como de la *Zeka* ó casa de moneda y de cuanto proclamaba el esplendor del califa, no ha quedado sino la memoria!

Id á Córdoba, hijos míos; preguntad, no por Medina Zahra, sino por sus ruinas, y apenas habrá quien se atreva á decir dónde estuvieron. El tiempo, y, sobre todo, los hombres, acabaron con las maravillas del arte y del lujo en que se complacia el magnífico Abderrahman, y por poco no dejan raiado hasta su recuerdo.

Mas, durante el siglo X, ¿qué poder aventajaba al de Abderrahman III? Vencedor de sus enemigos, acatado por todos los musulmanes de España y Africa, sólo los cristianos y los de su raza en la Península tuvieron brios para afrontarle, vencéndole tambien á veces. Pero el poder del califa de Córdoba era tal, que sus sucesores estuvieron á punto de conquistar la Península entera.

H.

Seguia el hermoso niño Pelayo encerrado en la cárcel de Córdoba, segun hemos dicho, con otros de su religion, aunque de diversas tierras. Su tio Hermogio, hermano de su madre, ó no se acordaba de él, ó no tenia con qué rescatarle, y de esta manera llevaba ya el desventurado tres años y medio de cautiverio.

Con la edad habia crecido en hermosura y discrecion, sin olvidar un punto la santa fe cristiana que le habian enseñado. Acaso viendo que nadie se acordaba del pobre niño, hablaron de él en la córte, y por esta razon le llamó el califa. Ello fué que un dia vió Pelayo que le llevaban al palacio de Abderrahman.

Allí, en presencia de aquel ante cuyo poder temblaban millones de hombres, y á quien enviaban embajadas y presentes los emperadores de Bizancio y Alemania; en medio de la córte más rica y espléndida del orbe, ¿quién sabe si se quedaria deslumbrado el inocente niño?

Halló en los patios guardias andaluces y zenetes, cuyos cuerpos esbeltos defendian preciosas corazas de brillante acero, cubiertas de ataujía ó embutidos de oro y plata. Por las es-

caleras habia esclavos negros, con hachas de armas al hombro; hácia la entrada de las habitaciones principales y áun en lo interior, maravillóse Pelayo del rico traje, preciosas armas y soberbia apostura de los guardias slavos, hijos del Norte de España y de gran parte de Europa. Todos tenian en la diestra grandes espadas, y en la siniestra ancho escudo. Wazires, cadíes y catibes, guerreros y altos personajes rodeaban á un hombre, el único sentado entre todos, y cuya presencia y ademan declaraban que, en efecto, él era superior en todo á cuantos le rodeaban.

Era el califa. Habló, y todos inclinaron la cabeza, mientras el niño permanecia en pié y sin acertar apenas á darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

«Yo te pondré, dijo Abderrahman, tan alto como el más de cuantos me rodean, si reniegas de la fe de Cristo y tienes á nuestro Profeta por lo que es, por verdadero. Oro, plata y toda suerte de riquezas será para tí; para tí los mejores esclavos de mi servicio, los mejores caballos; para tí mis palacios y cuanta abundancia y ventura se goza en ellos. Yo sacaré de la cárcel á quien tú pidas, y si deseas que tus parientes vengan á vivir á Córdoba desde Galicia, vendrán, y yo les daré los empleos más altos y de mayor representación.»

Trece años tenia el inocente Pelayo, de quien no se acordaban los suyos, mientras el monarca más poderoso de la tierra le ofrecia cuanto en su mano estaba ofrecerle; y de tal suerte lo decia, que no era posible hallar engaño en sus palabras. De cierto no hubo en toda la córte, desde el más importante ministro hasta el último esclavo, na-

die que imaginara al hijo de Tuy capaz de negarse á ofertas de tan seductor halago.

Era el mísero un niño, triste, abandonado, sin valedor en el mundo, y sin apoyo que le estorbase caer en el abismo que ante sus plantas abrián las palabras de Abderrahman. El mayor poder, la más espléndida ventura en que puede soñar un hombre, teníanlos allí ante su mano, sin más esfuerzo que pronunciar brevísimas palabras. Pero en ellas habia de declararse renegado.

¡Renegado, hijos míos! ¿Sabeis nombre que más horror inspire? ¿Conoceis acción más afrentosa que el renegar de la religion verdadera? Tiempo hubo, hijos míos, en que los niños valian más que muchos hombres. Acaso Pelayo tartamudeó algunas palabras que el temor y respeto al monarca hicieron apenas inteligibles. Acaso creyeron los musulmanes allí presentes que el niño se mostraba dispuesto á renegar de Cristo, si no lo habia hecho ya.

Creyólo así Abderrahman, por ventura, y cuando ya consideraba vencido á Pelayo, tomándole de la mano, se volvió á los suyos, diciendo: «¡Ya cree en el santo Profeta!»

Propio es del poder, y, sobre todo, de la continúa prosperidad, que los hombres no acostumbrados á ver contrariada su voluntad, tengan por enemigo á quien no se muestre conforme con su deseo, y aún á veces con sus más insensatos caprichos. Acaso Abderrahman, que tan maravillosamente reunia en sí tanta noble calidad de las dos grandes razas á que pertenecía por su padre y por su madre, allegaba también algunos de sus defectos. Como quiera, algunas, aunque pocas veces,

tiene que llamarle cruel la historia. Diráse que en la ocasion de que vamos hablando dió lugar á ello Pelayo...

¡Pobre inocente! ¿Qué habia de hacer, al ver que le tenían ya por musulman?

«Demas es cuanto me ofreces, respondió al cabo el hijo de Tuy; nada es, nada vale comparado con ser cristiano. Lo que tú puedes ofrecerme es caduco y pasajero, mientras Jesucristo, mi Dios y mi Señor, criador de todo lo que existe, es eterno.»

No paró mientes el califa en la firme resolución del niño; ántes se afirmó en lo que imaginaba de su conversion á la creencia en Mahoma; y desdeñando las palabras de Pelayo, no viendo en él sino un pobre niño, incapaz de voluntad ni de firmeza, le tuvo ya por del todo persuadido á renegar.

Viendo esto Pelayo, exclamó:

«Déjame, aparta, perro musulman, que yo no creo sino en la fe de Jesucristo, y, por lo tanto, maldigo al falso profeta Mahoma.»

Era Pelayo un niño; que de otra suerte, hubiera perdido la vida en aquel instante. Mandó, pues, Abderrahman que le llevasen é hicieran lo posible por convencerle, mas todo fué en vano. Puesto de nuevo en presencia del califa, y viendo que éste no perdía la esperanza de hacerle renegar, alzó Pelayo la mano y dió en el rostro de aquel á quien fundadamente consideraba por cruel y aborrecible enemigo. Mesóle además la barba, y añadió cuantas palabras halló en su inocente boca para maldecir al califa y á Mahoma.

Lleno de ira Abderrahman, al ver que un niño hacia con él y contra él y su falsa religion lo que no osare imagi-

nar ningun hombre, mandó, lleno de saña, que le colgasen de una garrucha, alzándole y soltándole repetidas veces, hasta que perdiese la vida. Léjos de ceder el santo niño, no cesó un momento de confesar á Jesucristo, sin que el dolor alterase su semblante de cielo. Cuando el califa lo supo, mandó que le fuesen cortando los miembros uno á uno, y echándolos al Guadalquivir.

Entónces, miéntras los fieros y crueles sayones iban á cortarle uno el brazo derecho, otro una pierna; miéntras corrian arroyos de sangre de aquel bendito cuerpo, el santo espíritu de Pelayo animaba su rostro, que permanecía sereno, cual si ya estuviera gozando de la gloria eterna. Púsose luego á invocar á Jesucristo, diciendo:

«Libradme, Señor, de las manos de mis enemigos.»

Y cuando las iba á alzar, se las cortaron... y despues la cabeza. Así dió el santo niño Pelayo su espíritu al Señor.

Los demas niños, de quien ya hemos dicho estaban encarcelados con él, viendo el tormento y muerte que habia pádecido el de Tuy, por negarse á la voluntad del califa, ménos firmes en su fe, y temerosos de cuanto acababan de presenciar, se dijeron unos á otros:

«ANTES MOROS QUE GALLEGOS.

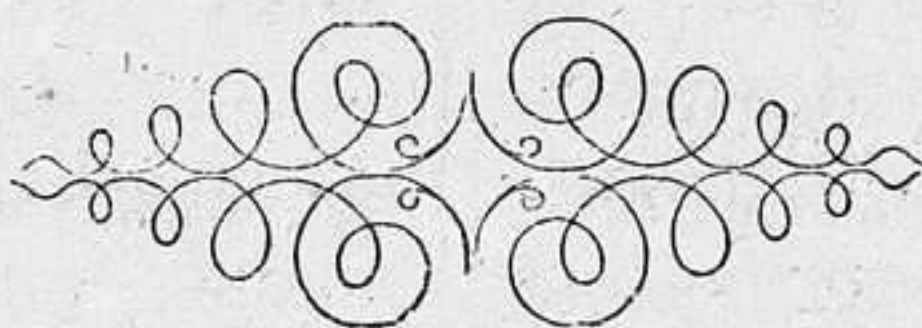
Antes renegar que perder la vida, como le ha sucedido al hijo de Galicia.»
Y renegaron.

III.

La Iglesia celebra el dia de San Pelayo el 26 de Junio, pues fué martirizado el santo en igual dia del año 925. Los cristianos de Córdoba sacaron sus preciosos restos de las aguas del Guadalquivir, y los sepultaron en la iglesia de San Gines. La crueldad de Abderrahman llenó la cristiandad de horror; la monja sajona Hroswitha escribió un poema en honor del santo niño. Fué tan grande por aquel tiempo la devocion á San Pelayo, que le hacian titular de cuantas iglesias se edificaban, dando su nombre á cuantos niños recibian el bautismo. Su nombre, especialmente contraido en San Payo, lo es de más de treinta lugares, sólo en Galicia. Tan frecuente se hizo este último, sobre todo, en las poblaciones rurales, que *Payo* vino á servir para indicar gente del campo. En la noble ciudad de Santiago de Galicia se conserva un antiguo convento bajo la advocacion del santo.

Decidme, hijos míos, si despues de lo que acabais de oír es mejor ser *antes moros que gallegos*, ó si no vale mucho más el santo niño Pelayo que sus compañeros, los que renegaron de Cristo.

FERNANDO FULGOSIO.





AMBROSIO DE MORALES

Nació Ambrosio de Morales en Córdoba el año de 1513, y fueron sus padres el médico Antonio de Morales, catedrático que fué de filosofía y metafísica en la universidad de Alcalá de Henares, y Doña Mencía de Oliva, hija de Fernan Perez de Oliva, escritor distinguido: uno y otro consorte de noble cuna. Estudió Ambrosio, primero en Alcalá y despues en Salamanca, en casa de su tio Fernan. De 19 años tomó el hábito en el convento de San Jerónimo, llamado de Valparaíso, vecino á Córdoba. Salió de la religion, y, en el estado de presbítero, obtuvo cátedra de retórica en Alcalá; fué maestro de latinidad de D. Juan de Austria, cronista de Cárlos V y Felipe II. Escribió una *Crónica de España*, que comprende, continuando la que dejó principia-da Florian de Ocampo, desde la guerra

de Asdrúbal con Lucio Marcio, hasta los tiempos del rey D. Bermudo III. Escribió tambien dos volúmenes de *Antigüedades de España*, y muchos opúsculos sobre asuntos interesantes. Murió en Alcalá de Henares á 21 de Setiembre de 1591. Los escritos de Ambrosio, de sumo valor para su época, todavía son estimados hoy; y «el que reflexione (como se dice en su Vida) en el tiempo, en la falta de ilustracion que tenian nuestras historias, y en la escasez de documentos, hallará más que alabar en los progresos de su diligencia, método y buena fe, que motejar en lo que hoy pudiera disponerse de otro modo.»

Viva, pues, sin emulacion, aplaudido de la posteridad, coronado de guirnaldas por la historia, por la religion y por la patria.

LOS ÁNGELES

FANTASÍA

EL ALMA.

En la pura mansion de los querubes
Do eterna aurora brilla
Que la lumbre del sol vence y humilla;
A traves de cien nubes
De púrpura y de oro,
Mis ojos ven, de lágrimas bañados,
Bello, innúmero coro
De espíritus alados.
¡Ellos son! Los que en mística ventura,
Más allá del celeste firmamento,
Reinan felices en la empírea altura.
¡Ellos son! En las ráfagas del viento
Blando á mi seno llega
De sus candidas voces el concento
Que en inefable júbilo me anega.

LOS ÁNGELES.

¡Gloria á Dios! ¡Al uno y trinid!
Él con hábito divino
La nada fecundó:
Él dejó la etérea cumbre,
Y con santa mansedumbre
Al mundo redimió.
Nuestra voz su triunfo cante
En un éxtasis amante
De angélico placer;
Que en la tierra mensajeros
Y en el cielo medianeros
Nos hizo su poder.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

Yo el Angel puro soy de la Guarda:
Yo dulce amparo soy del mortal:
Luzbel soberbio no me acobarda:
Yo el bien conquisto, yo venzo el mal.
Mostrando al hombre senda florida
Gozo le inspiro, dóile sosten:
Por mí con himnos de bienvenida
Su puerta de oro le abre el Eden.

EL ALMA.

Mas ¡oh pasmo!

LOS ÁNGELES.

Brilla el cielo
Con volcánico fulgor.

EL ALMA.

¡Tiembra la tierra!

LOS ÁNGELES.

Su vuelo
Tiende un Angel destructor.

EL ALMA.

¡A quién la trompeta evoca
Que tremenda hace vibrar?

LOS ÁNGELES.

¡A su fin el mundo toca!
¡El os lo debe anunciar!

EL ÁNGEL DEL JUICIO.

Te la muerte el letargo profundo
A mi angélica voz sacudid:
Soy heraldo de Dios en el mundo:
Del sepulcro, vivientes, salid.

Vuestro Dios á juzgaros descendiend :
Nada impune de hoy más quedará:
Mi clamor que doquiera se extiende
La infalible sentencia dirá.

LOS HOMBRES.

¡Brillen en santa concordia
Tu justicia y tu bondad!
¡Borre tu misericordia
Nuestra maldad!
¡Señor, piedad!

EL ÁNGEL DEL PERDON.

A vuestro pecho mísero
Retorne la esperanza,
Pues como en santa cólera
Jehová su rayo lanza,
Tambien con iris pródigo
Vierte consolacion.

El son de mi arpa mística
Al hombre triste aliente:
Yo bajo del empíreo
Nuncio de Dios clemente:
Yo soy para sus lágrimas
El Angel del Perdon.

LOS ÁNGELES Y LOS HOMBRES.

Al que es padre de todo consuelo,
Al que es Juez de celeste rigor,
Himnos canten la tierra y el cielo...
¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!

ANTONIO ARNAO.

LA GALLEGUITA



¡Ay! cadelo, ¿seí q'che gustan as manzás?...

NOCIONES DE ASTRONOMÍA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

INTRODUCCION

¡Cuán sublime es, oh noche, tu lenguaje!
Brillantes soles bordan tu ropaje;
En paz medito con tu sombra amada,
Bajo la negra bóveda sagrada.

T. DE FONTANES.

Figuraos, mis queridos niños, una hermosa noche en que ninguna nube oculte al cielo de vuestras miradas, y en que la brillante luna resplandezca en medio del firmamento. Alzad vuestros inocentes ojos á ese firmamento; ¿qué veis? millares de *estrellas* esparcidas por el azul del cielo, y llamando entre todas vuestra atención la *Luna*, que no se ve mejor porque sea más grande que las otras, sino porque está más cerca de nosotros. Y ¿qué es la luna, qué son las estrellas, qué es también el *Sol* que nos alumbra y forma el día, y del cual otras muchas estrellas reciben la luz?

Aun ántes de saberlo, el alma se llena de admiración al contemplar espectáculo semejante, y el que no se admira no es digno de ceñir sus sienes con la corona de la inteligencia. Después de saber qué es el firmamento, qué es cada estrella, qué papel juega en el universo, la admiración es mayor aún, y se comprende la pequeñez de la criatura en medio de grandeza tanta, obra toda de Dios, del Sér Omnipotente, criador del cielo y de la tierra, grande como sus obras, infinito

como los espacios sin límites, formados con su palabra.

Pues bien, queridos niños, acerquémonos, ya que no entremos, al vasto campo de la ciencia; estudiemos, siquiera sea ligeramente, las obras magníficas de la creación, viendo siempre en ellas, lo mismo en el inmenso firmamento, salpicado de brillantes estrellas, como en el más pequeño grano de arena, la mano de Aquel por quien y para quien todo fué criado.

Y ya que os he entrado en curiosidad de saber qué son las estrellas, el Sol y la Luna, voy á daros unas ligeras nociones de la ciencia cuyo objeto es su estudio y que se llama *Astronomía*.

LECCION I.

SISTEMAS PLANETARIOS.

La mayor parte de vosotros sabrá que la tierra es redonda, de forma como una naranja; pues bien: todas ó la mayor parte de las estrellas que se descubren en el cielo y que se conocen bajo el nombre genérico de *astros*, tienen la misma forma, y muchas son mayores que la tierra, pero como están á tan grande distancia de nosotros, las vemos tan pequeñas.

A primera vista parece que el cielo es como una bóveda que cubre la tier-

ra; esto no es así: la Tierra está en medio del espacio como están en el aire sin ningun apoyo esos pequeños globos que muchos de vosotros habreis tenido por juguete en vuestras manos, y del mismo modo están los demas astros.

Figuraos un gran salon en el que hay unos cuantos de esos globitos de diferentes tamaños y sostenidos en el aire á diferentes alturas; figuraos que el salon se va haciendo cada vez mayor hasta que perdais de vista sus paredes y techo, y tendreis una idea aproximada del espacio y de los cuerpos que le pueblan. Si seguís figurándoos que de los globos que teniamos en el salon, hay unos que están quietos y otros que dan vueltas ó *giran* alrededor de los primeros, siendo seis ó siete, por ejemplo, los que giran alrededor del que está fijo, tendreis una idea de lo que se llama *sistemas planetarios*, es decir, que cada globo fijo, en union de los que giran alrededor de él, forma un sistema planetario; y si os figurais tambien que el salon está oscuro, pero que cada uno de los globitos fijos tiene una luz, esta luz iluminará á los globos que giran alrededor de ella, y ya teneis un *Sol* que da luz á otros astros. Pero como cada luz no alumbrará sino la parte de globo que está delante de ella, resulta en sombra la parte de detras, lo cual produce el *dia* y la *noche*: dia lo que alumbrá el Sol, noche lo que queda sin luz. Y si suponeis que los globitos, al dar vueltas alrededor del que ya llamamos *Sol*, á cuyo movimiento se llama de *traslacion*, van girando sobre sí mismos, ni más ni ménos que lo hace el aro ó la naranja que rodais por el suelo en vuestros infantiles jue-

gos, tendreis que, á consecuencia de este movimiento, que se llama de *rotacion*, lo que ántes estaba á oscuras tendrá luego luz y volverá luego á quedar á oscuras para tener otra vez luz, sucediéndose así, con las vueltas que da el globo, los dias y las noches, como lo vemos continuamente.

Ahora bien, todos habreis observado que de las estrellas que se ven por la noche, unas tienen una luz viva, que brilla, que centellea, y en otras la luz está quieta; las primeras son las estrellas fijas ó *soles*, pues no creais que solamente hay un Sol, y las segundas son las alumbradas por estos soles, que reflejan su luz á la manera que un espejo ú otro cuerpo pulimentado refleja una luz que se le ponga delante y la envia á otros cuerpos, y estas se llaman estrellas errantes ó *planetas*.

Cada sol es, pues, como el jefe, como el rey de un sistema, á quien todos los planetas que le constituyen prestan homenaje; recibiendo en cambio la vida, bajo la forma de luz y color.

De lo dicho deducireis que hay varios sistemas planetarios, cada uno con su sol, que si no vemos de tan grandes dimensiones como el nuestro, es por la distancia enorme que de ellos nos separa; todos estos sistemas planetarios no están independientes entre sí, sino que, segun se cree, se hallan enlazados por una ley que los relaciona y los subordina, tal vez, á otro que sea centro de todos. En nuestro sistema se ha observado un movimiento de traslacion hácia cierta parte del cielo, y esto hace creer lo que acabo de decir.

Y hablando ya de nuestro sistema, es decir, de aquel de que formamos parte, voy á deciros algo de su con-

junto para que entremos luego á examinarle en detalle.

En torno del Sol que nos alumbrá giran varios planetas, que podemos dividir en dos distintos grupos.

Constituyen el primero, que es el más próximo al Sol, cuatro astros de pequeñas magnitudes relativamente á las del segundo grupo. Los nombres de estos planetas, en el orden de su distancia al sol, son *Mercurio*, *Vénus*, *la Tierra* y *Marte*. El segundo grupo le constituyen otros cuatro planetas de dimensiones más que cuádruples que los del primer grupo, y son: *Júpiter*, *Saturno*, *Urano* y *Neptuno*.

Ademas de estos dos grupos hay una tercera seccion, en que podemos comprender un número considerable de pequeños cuerpos, que ocupan el espacio comprendido entre el primero y segundo grupo, y á que llamamos pequeños en relacion con los dichos anteriormente, siendo su número mayor de ochenta. Finalmente, forman parte del sistema, otros astros que giran alrededor de algunos de los planetas, como estos lo verifican alrededor del Sol; se llaman *satélites* y la Tierra tiene uno que es la *Luna*, Júpiter cuatro, Saturno y Urano ocho y Neptuno dos.

¿Quereis saber ahora á qué distancia del Sol se hallan los planetas de nuestro sistema? Voy á decíroslo, pero no os asustéis de los números. Mercurio, que es el más próximo, se encuentra á 15 millones de leguas del Sol; Vénus á 27 millones; la Tierra á 38 y Marte á 58. Los grandes planetas se hallan aún á mayores distancias, pues Júpiter dista del Sol casi 200 millones de

leguas; Saturno 464, Urano 733 y Neptuno, que es el último, 1.147 millones de leguas. Todos, como os he dicho, giran alrededor del Sol; los más próximos, que tienen ménos camino que recorrer y son más fuertemente atraídos, circulan con mayor rapidez, y los más lejanos más lentamente; en términos que mientras que Mercurio emplea 88 dias en dar una vuelta alrededor del Sol y la Tierra 365, Neptuno tarda 164 años.

Sin duda os admirará el que puedan fijarse las distancias que os he dado y las cantidades de tiempo que los planetas emplean en sus giros, y esto os hará conocer lo que pueden el estudio y el trabajo humano unidos á la constancia y al deseo de saber. Los movimientos de que os acabo de hablar están reputados por una ley sencillísima que encontró Keplero después de treinta años de observaciones, y su causa es la *gravitacion universal*, es decir, la mutua atraccion de los cuerpos en el espacio. El Sol atrae á la Tierra, la Tierra atrae á la Luna, el mismo Sol será, tal vez, atraído tambien por otra causa; y ved aquí carísimos niños, la sublime armonía del Universo, las ideas de relacion y unidad que resplandecen en la obra del Omnipotente. Admirad conmigo en ella la grandeza del Dios que con una palabra la creó, con otra la dió leyes; que la sostiene y gobierna para fines incomprensibles para nosotros, que no vemos más allá de nuestra pequeñez, sino lo que Dios ha querido revelarnos, y dad gracias á ese mismo Dios por todos los beneficios que para nosotros se desprenden de su obra.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.



UNA PIANISTA TERRIBLE



Veán Vds. aquí una futura gran profesora de piano, ó acaso una cantante que eclipse las glorias de la Patti y la Malibran.

Pero ahora no hace más que desafinar el piano de su mamá, y luego cuando por la noche la buena señora va á tocar, se lo encuentra convertido en una carraca.

Bueno es tener aficion á la música, pero es bueno tambien esperar á tener más edad para estudiar con fruto.

En Los Niños daremos muy pronto las primeras nociones del divino arte de la música, para que nuestros infantiles lectores tengan ya algunos conocimientos cuando llegue la ocasion oportuna de que un buen profesor dé principio á su educacion musical.



LA SERPIENTE DE ORDUÑA

TRADICION VIZCAINA

POR

PEREZ DE LIÉBANA

I.

Orduña, que es la única ciudad del señorío de Vizcaya, está construida en una ladera extremadamente pintoresca.

A sus piés se extiende la fértil y ancha vega; y desde aquel noble y antiquísimo pueblo se distinguen otros de menor importancia, cuales son: Délica, Artomaña, Tartanga, Aloria, Amurrio, Villalva y Berberana, así como los picos de Onguino, los espesos bosques de Gujuli, las altas moles de Amboto y Mañaria, el nevado Gorbea y una multitud de imponentes y ásperas montañas.

Allí se derrumba el afamado *Salto del agua*, desde lo alto de la renombrada Peña que toma el nombre de la ciudad, y baja al fondo del valle para formar el origen del río Ibaizábal, que, después de recorrer una gran parte del señorío, rinde su tributo al inquieto mar cantábrico en el Abra de Portugalete.

Allí las nieblas espesas de la mañana fluctúan cuando el sol derrama sus primeros rayos; y si descienden á la llanura, se asemejan á un piélago flotante que va de un lado al otro suave y pausadamente, produciendo un agradable efecto en la imaginación de quien lo observa.

Allí, en los tiempos antiguos, se alzaban fuertes edificios, que eran el abrigo de poderosos señores; y el amu-

rallado pueblo, con sus barbacanas, cubos y torres, servía de primera defensa al país contra las invasiones de sus enemigos.

Y allí, en donde el valor era patrimonio de todos, tenía la piedad, como sucede siempre, mayor y más constante acogida.

Por eso, sobre un terreno poco apartado de la población, se levantaba modestamente una humilde ermita que en un altar lucía la santa imagen de la Madre de Dios. Y era tan milagrosa aquella imagen, que fué, en los tiempos á que nos referimos, objeto de una fervorosa devoción en toda la comarca, así como lo es también en la actualidad.

Pobres y ricos, débiles y poderosos acudían en sus dolores al santuario de *La Antigua*, buscando el consuelo de sus penas en la intercesión de la Santísima Virgen, en aquel lugar representada sobre una morera, por haberse aparecido á los hombres allí mismo, y sobre un árbol de igual especie.

Entre los más fervientes devotos de la venerada imagen se distinguía un niño de escasos años.

Aquel niño, llamado Juan, era hijo de unos infelices padres, dependientes del más rudo señor de cuantos en los remotos tiempos hacían gala de su poderío en el valle y en el monte; y su triste posición les había conducido á

tal grado de miseria, que apenas contaban con lo necesario para alimentarse y vivir.

El fatigoso trabajo del campo habia ya agotado las fuerzas del infortunado padre, que sentia gravitar sobre su cuerpo la insoportable carga de los años; y ya viejo y cansado é inútil para el señor, la escasez y el abandono crecian de dia en dia en su olvidado albergue.

Y corrieron los alegres meses del verano, que es el protector de los pobres, y llegaron las sombrías horas del invierno, con sus hielos, la lluvia, la nieve y los horrores todos del frio.

Entónces se redoblaron los males de la pobre familia del niño Juan; porque su honrado padre, que otros años salia al campo en aquella dura estacion y ganaba algunos maravedís cortando leña, habia perdido la salud y se encontraba en la terrible necesidad de permanecer en la inaccion, aunque veia cernerse el hambre sobre su casa y aunque el frio se cebaba en ellos sin compasion.

Más de una amarga lágrima se deslizó por las tostadas mejillas del anciano, á quien su virtuosa compañera queria en vano consolar con cariñosas palabras; pero las lágrimas eran flaco remedio para tan grande infortunio.

—¡Ah! decia el desconsolado padre, un dia en que la frialdad de la atmósfera paralizaba la sangre en las venas de los orduñeses; ¡cuántas desventuras caen sobre nosotros, amada Estebaliz, sin dejarnos ni un momento de descanso y respiro! ¡Cuán acibarada, cuán triste es nuestra existencia!

Y al expresarse de este modo inclinó lánguidamente su blanca cabeza sobre el afligido pecho.

—¡En verdad que sí! contestó la madre de Juan, vencida por el dolor y asomando á su rostro una expresion de angustia, difícil de describir; ¡en verdad que sí, Tristan! pero todas ellas no son más que otras tantas pruebas que nos envia el Omnipotente, y que debemos sufrir con resignacion y paciencia. Si el Señor lo quiere, obedecemos al Señor.

—Tienes razon, exclamó Tristan; tienes razon, y yo las sufriria todas y muchas más que me enviase, si fuera yo solo el condenado á tantas amarguras. Mas ¡ay! que tú, mi buena, mi amada compañera, participas tambien de los mismos pesares, de los mismos tormentos que yo... y ese desdichado, ese inocente niño...

El llanto ahogó la voz del buen viejo, y al ver aquella manifestacion de la ternura paternal, no pudo Estebaliz contener por más tiempo el suyo.

Ambos esposos se abrazaron entónces y lloraron juntos y en silencio largo rato.

Cuando se hubieron repuesto algun tanto, dijo Tristan, con la viva fe del mártir y del creyente:

—Si mis sufrimientos son una justa expiacion de mis pecados, envieme Dios cuantos quiera, que yo tendré valor para resistirlos sin proferir una sola queja ni exhalar un solo suspiro, y bendiciendo su bondad; pero véase libre de ellos al ménos ese niño angelical...

—Ese mismo es mi ruego de todos los dias, Tristan: eso es lo que todos los dias pido á la Santísima Virgen de la Antigua con todo el fervor del cariño maternal.

—¡Siempre digna de ser madre! murmuró enternecido el anciano al es-

cuchar las palabras de su esposa, é imprimió en la frente de aquella respetable mujer un beso que era todo un poema de afectuosa veneración.

—Sí, repuso ella; pero tu brazo débil y enfermo no puede ya echar á tierra los robustos troncos de las añosas encinas, y mi trabajo no basta á traer un pedazo de pan...

Estas amarguísimas frases cayeron como una pesada losa sobre aquellos infelices, y sus pálidos semblantes se contrajeron y sus cuerpos temblaron convulsivamente.

Mas no fueron palabras que se llevara el viento; pues, aunque Estebalíz y Tristan pensaban que nadie les oía, atento á sus razones aprestaba él oído, en un zagan inmediato, un niño de hermoso rostro y expresivo mirar.

Aquel niño era Juan; Juan que, por primera vez se apercibía de la magnitud de los tormentos de sus padres,

que, cuidadosamente, le habían ocultado su extremada miseria, privándose hasta del necesario alimento porque él no advirtiese la ausencia de lo que tanta falta les hacía.

Y al escuchar aquellos lamentos, engendrados por el más puro, por el más desinteresado de los amores, por el amor paternal, en fin, sintió agitarse el pecho y latirle el corazón con desusado y extraordinario brio.

Y estuvo pendiente de los labios de sus padres hasta que oyó las últimas, desengañadas y desgarradoras palabras de Estebalíz; y así que las hubo oído, dirigió en turno suyo la chispeante mirada, se abalanzó á un hacha que estaba tendida en tierra, la empuñó con vigor sobrenatural, y, como si le inspirara un aliento superior, salió de su casa, marchando calle arriba con paso firme y resuelto continente.

(Se continuará.)

EL CARNAVAL DE LOS NIÑOS

¡Magníficos días los del Carnaval, sobre todo para los niños!

El Carnaval viene siempre con la primavera, esa época predilecta de los ángeles que sonríen y baten palmas al ver abrirse los capullos de las flores, sus hermanas.

El Carnaval ofrece á los asombrados ojos de nuestros pequeños querubines un vastísimo panorama, que los seduce y embelesa, sin que sus pupilas inocentes se cansen de contemplar las abigarradas comparsas, las doradas estudiantinas y el estrepitoso *pandemonium* que ofrecen esos millares de máscaras que recorren en tropel las calles de la coronada villa.

¡Felices los niños que no ven el Carnaval más que á través del prisma de sus ilusiones! Felices ellos que sólo perciben los alegres ecos del Carnaval sin comprender las punzantes espinas, los dolorosos misterios que se esconden

bajo los oropeles y los mantos de púrpura!

Hoy los niños no toman una parte activa en los festejos y disfraces del Carnaval. Hace algunos años hacían furor los bailes de niños, bailes que convertían prematuramente á las niñas en coquetuelas, y á los niños en pollos. Hoy esa costumbre ha caído casi en desuso, quedando tan sólo como recuerdo tal cual baile de niños en legaciones extranjeras.

En los elegantes carruajes que forman en el Prado los días de Carnaval, vemos también algunos niños vestidos generalmente á la antigua, á la federica, ó con el traje de nuestras provincias del Norte, pero sin que esos disfraces respondan á ninguna combinación, gremio ni comparsa.

Para los detractores de nuestras venerandas tradiciones, que encuentran siempre mala

toda institucion que cuente algunos siglos de fecha, vamos á recordar hoy una de las más curiosas fiestas entre cuantas se celebraban en la Edad Media en los dias de Carnaval, y que seguramente verán con gusto los lectores de Los Niños. Escogíase un niño de semblante alegre y sonrosado que no pasase de ocho á diez años, vistiéndole todas las insignias episcopales y rodeándole de todos sus amigos y compañeros de colegio, que formaban su clero, disfrazados de *diáconos*, *curas* y *canónigos*.

Esta comparsa, llamada *La fiesta del niño obispo*, recorría las calles acompañada de músicas y banderolas, recogiendo limosnas para

los pobres y las ánimas, sin que el *niño obispo* perdiese por un momento su gravedad y compostura.

Las vestiduras del niño, así como su mitra, eran de tisú de oro; su báculo, de plata; su pectoral, de perlas, y las de su bullicioso clero, de sarga negra y escamilla.

Hoy que la beneficencia ha tomado en nuestra patria tan grandes proporciones, veríamos con gusto resucitar la fiesta *del niño obispo*, en la que de seguro tomarían parte los más hermosos niños de la buena sociedad madrileña, convertidos en verdaderos ángeles de caridad.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

EL TERRIBLE ARTILLERO



Pepito es un niño, ya un poco zangolotino, que no piensa más que en guerras, destrucción y muerte. Como *Barba Azul*, tiene un cañon, y todo el dia está haciendo disparos.

Todos los muebles de su casa los tiene heridos y contusos, y el gato está tuerto á consecuencia de un disparo. Este niño, cuando sea hombre, va á ser un terrible revolucionario.

¡Más le valiera estudiar, me parece á mí.—¡Y á vosotros?